

* * *

No, Dios mio, no quiero morir en este estado de frialdad y desamor para con Vos y de zozobra y ansiedad respecto de mi suerte eterna, en que ahora moriría, si me saltease la muerte: quiero mudar de vida, quiero llorar amargamente las injurias que os tengo hechas, quiero amaros muy de veras. Valedme, Señor: haced que antes de morir haga algo por Vos, por Vos, digo, que os habéis dignado morir por mí.

3.

El tiempo es corto. (43) Tal es el aviso que nos da a todos el Apóstol: corto es el tiempo que, para ajustar las cuentas, nos queda. Que por eso nos exhorta a aprovecharlo el Espíritu Santo, al decirnos: *Todo cuanto de bueno pudieres hacer, hazlo sin demora* (44) Lo que puedes hacer hoy, no lo dejes para mañana; porque el día de hoy se te va, y mañana puede sorprenderte la muerte atajándote los pasos y no dejándote ni practicar bien alguno, ni reparar el mal obrado. ¡Desventurados de nosotros, si, al vernos en brazos de la muerte, nos hallamos aún apegados al mundo!

* * *

(43) Tempus breve est. (I Cor., VII, 29.)

(44) Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare. (Eccl., IX, 10.)

¡Cuántos años he pasado, ¡oh, Dios mío!, lejos de Vos! Y ¿cómo habéis podido ser tan sufrido y paciente conmigo, esperándome y convidándome a penitencia? , Os doy las gracias por ello, Salvador mío, y espero ir a la Patria Bienaventurada a dároslas por eternidades sin fin. Cantaré eternamente las misericordias del Señor. (45) En aquel tiempo no os amaba, y bien poco me cuidaba de ser amado de Vos; ahora os amo con todo mi corazón, os amo sobre todos los bienes, más que a mí mismo, y no tengo otro anhelo que ser amado de Vos; más: al recordar que he llegado a menospreciar vuestro amor, quisiera morir de pena y sentimiento. Jesús mío, otorgadme la santa perseverancia.

María, Madre mía, alcanzadme la gracia de guardar fidelidad a Dios.

MEDITACIÓN XIV.

De las penas que sufrirá el condenado en las potencias del alma.

1.

El réprobo sera atormentado en la memoria.

En aquel abismo de penas tendrá siempre el desventurado ante los ojos, para mayor tortura suya, el

(45) Misericordias Domini in æternum cantabo. (Ps. LXXXVIII, 2.)

tiempo que se le dio en vida para practicar el bien y reparar el mal; y conocerá que ya no hay ni habrá nunca esperanza alguna de remedio. Se acordará de todas las gracias que le prodigó la Divina Largueza: luces, llamamientos amorosos, perdones ofrecidos y siempre despreciados; y verá que se acabó ya con todo, y sólo le quedan, para mientras Dios fuere Dios, tormentos y desesperación.

* * *

Vuestra sangre, Jesús mío, y vuestra muerte son mi esperanza. Por favor, no permitáis que vaya a maldecir en el infierno las mismas gracias que me ha dispensado vuestra liberalidad.

2.

El réprobo será atormentado en el entendimiento.

Este tormento consistirá en el continuo pensamiento del Paraíso malogrado, y malogrado voluntariamente. Tendrá sin cesar a la vista la inmensa dicha de que gozan los Bienaventurados en aquella patria de delicias; y este pensamiento recrudecerá los tormentos de la vida infelicitísima que lleva y llevará por siempre jamás en aquella horrenda mazmorra, morada de la desesperación.

* * *

Así, pues, ¡oh, Redentor mío!, de haber muerto cuando estaba en pecado, no me quedaría esperanza de gozaros en la Gloria. Vos habéis sacrificado vuestra vida para comprarme el Cielo. ¡y yo por una nonada lo he malogrado, perdiendo vuestra gracia! Señor, os amo, me arrepiento de haberos ofendido y espero por los méritos de vuestra Pasión ir a amaros eternamente en el Cielo.

3.

El réprobo será atormentado en la voluntad.

Y lo será aún más terriblemente que en la memoria y el etendimiento, al considerar que se le rehusa todo cuanto quiere y se le tortura fierísimamente con todo cuanto detesta. En el infierno, pues, no tendrá el muy desdichado nada de cuanto desea, y tendrá siempre todo lo que abomina: quisiera salir de aquellos tormentos para hallar la paz; pero nunca tendrá paz, y será siempre atormentado. La misma perversidad de su voluntad será su más fiero e implacable verdugo: aborrecerá a Dios al mismo tiempo que comprende que es el Sumo Bien, digno de infinito amor.

* * *

Sí, Dios mío, sois Bien infinito, que merece infinito amor, ¡y yo os he vendido por una nonada! ¡Ojalá

hubiera muerto antes de inferiros tamaña injuria! Os amo, Soberano Bien mío; apiadaos de mí y no permitáis que prosiga siéndoos ingrato. Renuncio a todos los placeres de la tierra, y os escojo por mi único Bien: yo siempre seré vuestro, y Vos seréis siempre mío. Así lo espero, *mi Dios*, mi Amor, *mi Todo*. (46)

¡Oh, María! Vos, que todo lo podéis con Dios, hacedme santo.

MEDITACIÓN XV.

De la devoción a la Santísima Virgen.

1.

Jesús es Mediador de justicia, María es Medianera de gracia; y, según enseñan San Bernardo, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, San Germán, San Antonino y otros, es voluntad de Dios que por manos de María sean dispensadas todas las gracias y mercedes que su bondad quiere otorgarnos. En el Divino Acatamiento, los ruegos de los Santos son ruegos de amigos, pero los ruegos de María son ruegos de Madre. ¡Dichosos los que con entera confianza recurren sin cesar a esta Divina Madre!

De todas las devociones la más grata a Nuestra Señora es invocarla en todo tiempo diciéndole: ¡Oh, María! Rogad a Jesús por mí.

(46) Deus meus et omnia.

2.

Así como Jesús es omnipotente por naturaleza, así lo es María por gracia; por lo cual, alcanza cuanto pide. Es imposible -escribe San Antonino- que la augusta Madre de Dios pida algo a su Hijo, en favor de sus devotos, y no sean atendidos sus ruegos (47) Gózase Jesús en honrar a su Madre no negándole nada de cuanto le pide.

Por eso, nos exhorta San Bernardo a buscar la gracia, y a buscarla por medio de María; pues, siendo Madre, no puede quedar desairada: «Busquemos la gracia -dice el Santo Doctor- pero busquémosla por mediación de María; porque María es Madre, y sus ruegos no pueden ser desatendidos. (48)» Si queremos, pues, salvarnos, no cesemos de recurrir a María pidiéndole interceda por nosotros, ya que sus ruegos todo lo alcanzan.

* * *

Compadeceos de mí, ¡oh, Madre de misericordia!; y, pues hacéis gala de ser Abogada de los pecadores, socorred a un pecador, que; en Vos, confía.

(47) Oratio Deiparæ habet rationem imperii; unde impossib le est eam non exaudiri.(P.IV, tit XV, cap. XVIII, par. 4.)

(48) Quæramus gratiam, et per Mariam quæramus; quia Mater est, et frustrari non potest. (*Serm. De Aquæd.*)

3.

Ni hay que recelar por ningún caso que la Celestial Madre no despache favorablemente las súplicas que le dirigimos; porque cabalmente para alcanzarlos cuantas gracias deseáremos, complácese la benignísima Señora en ser tan poderosa cerca de la Divina Majestad. No hay más que pedir gracias a María, para conseguirlas: si de ellas somos indignos, la excelsa Reina con su omnipotente intercesión nos hace dignos, y tiene vivísimos deseos de que acudamos a Ella, para poder llevarnos a puerto de salvación. ¿Hubo jamás pecador que, habiendo acudido a María con confianza y perseverancia, se haya perdido? Sólo se pierde el que no invoca la protección de María.

* * *

¡Oh, María, Madre y esperanza mía! Bajo vuestro manto me refugio; no me desechéis, como lo tengo merecido. Miradme y compadeceos de mi miseria. Alcanzadme el perdón de mis pecados, la santa perseverancia, el amor de Dios, una buena muerte, el Cielo. De Vos lo espero todo, ya que sois todopoderosa cerca de Dios. Hacedme santo, pues está en vuestra mano. ¡Oh, María! Mirad que todo lo fío a Vos, en Vos tengo cifradas todas mis esperanzas.

MEDITACIÓN XVI.

Jesús pagó la deuda de todos nuestros pecados.

1.

Viendo Dios a todos los hombres perdidos por el pecado, determinó hacerles gracia; pero, como su divina justicia reclamase cumplida satisfacción, y no hubiese quien pudiera dársela, ¿qué hizo? Envio a la Tierra a su Hijo, para que tomara la humana naturaleza, y le cargó con todos nuestros, pecados, como lo asegura el Profeta: *El Señor puso en El todas nuestras maldades*, (49) a fin de que, pagando por nosotros, quedase satisfecha la divina justicia y salvada la humanidad.

* * *

¡Oh, Dios eterno! y ¿qué más pudierais haber hecho para inspirarnos confianza en vuestra misericordia y granjearos nuestro amor, que darnos vuestro mismo Hijo? Y ¿cómo, después de recibir tan soberano don, he tenido osadía para ultrajaros de la manera que lo he hecho? ¡Ay, Dios mío! Por amor a ese Divino Hijo, tened piedad de mí. Pésame sobre todo mal de haberos ofendido; y, si mucho os he ofendido, mucho

(49) Posuit Dominus in Eo iniquitatem omnium nostrum (*Is.*, LIII, 6.)

quiero también amaros: dadme la fuerza que he menestar para cumplir esta mi resolución.

2.

Al ver el Eterno Padre a su Hijo cargado con todas nuestras culpas, no se dio por satisfecho con tal cual satisfacción, -si bien cualquiera hubiera sido suficientísima para saldar todas nuestras deudas- sino que, como prosigue el Profeta, *quiso el Señor quebrantarlo en la flaqueza*, (50) esto es: quiso verlo despedazado y como aniquilado con azotes, con espinas, con clavos, con tormentos, hasta el punto de expirar a puros dolores en un infame patíbulo.

* * *

¡Ah, Señor! Si la fe no nos certificase de ello, ¿quién fuera capaz de creer semejante exceso de vuestro amor al hombre? ¡Oh, Dios, Amabilidad infinita! No permitáis que en adelante seamos desagradecidos: dadnos luz, dadnos fuerza para corresponder en lo que nos queda de vida a tanto amor. Hacedlo por amor de este mismo Hijo, que nos habéis dado.

3.

Ved al Hijo inocente, que, conociendo la voluntad de su Padre de verlo así inmolado por nuestras

(50) Dominus voluit conterere Eum in infirmitate. (*Is.*, LIII, 10.)

iniquidades, rendido en un todo al querer soberano del Padre y abrasado en amor nuestro, se abraza con aquella vida de penas y aquella amarguísima muerte. *Se humilló a Sí mismo* -dice el Apóstol- *haciéndose obediente hasta morir muerte de cruz.* (51)

* * *

Dulcísimo Salvador mío, os diré, pues, con el rey Ecequías, penitente: *Mas Tú, Señor, has librado de la perdición a mi alma, has arrojado tras de tus espaldas todos mis pecados olvidándote de ellos.* (52) Yo, con mis pecados, había ya arroyado mi alma a los infiernos para abrasarse en sus inextinguibles llamas, y Vos, otorgándome el perdón, como así lo espero, me habéis sacado de ese abismo de tormentos. Yo ultrajé a la Majestad Divina, y Vos tomando por vuestra cuenta mis culpas, ¡habéis llevado vuestra dignación hasta pagar todas las deudas que yo tenía contraídas con la divina justicia! Si después de tantas finezas de amor, volviese a ofenderos, o no os amase de todo corazón, ¿habría pena que castigara lo bastante tamaña ingratitud?

* * *

(51) Humiliavit Semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis (*Philip.*, II, 8.)

(52) Tu autem eruisti animam meam, ut non periret projecisti post tergum tuum omnia peccata mea. (*Is.*, XXXVIII, 17.)

Amado Jesús mío, Amor de mi alma, duélome sobre todos los males de haberos ultrajado: sin reserva ni restricción alguna me pongo en vuestras manos, aceptad esta total entrega que de mí os hago, y no permitáis que vuelva a perderos.

Virgen Santa, Madre mía, María, pedid a vuestro Divino Hijo que me acepte, benigno, y me haga todo suyo.

MEDITACIÓN XVII. **Que es necesario salvarse.**

1.

Sí, es necesario salvarse; más: salvarse -dice Jesucristo- *es la única cosa necesaria*. (53) No es necesario ser grande en este mundo, ser noble, ser rico, gozar de buena salud; pero salvar el alma es necesario. Dios nos ha puesto en el mundo, no para granjear honores o allegar riquezas o nadar en placeres, sino para conquistar a poder de buenas obras el Reino eterno, destinado a los que combaten y vencen en la presente vida a los enemigos de la salvación.

* * *

¡Ay, Jesús mío! ¡Cuántas veces he renunciado al Cielo renunciando a vuestra gracia! Pero, Señor, más

(53) Unum est necessarium. (Lc., X, 42.)

me desconsuela y desagrada haber perdido vuestra amistad que haber perdido el Cielo. Dadme, Jesús mío, un vivo dolor de mis pecados, y perdonadme.

2.

¿Qué va en que uno haya vivido en pobreza y abatimiento, torturado por la enfermedad y menospreciado, si, tras esto, viene a morir en gracia de Dios y se salva? ¿Qué digo? A mayores -tribulaciones, pacientemente sobrellevadas, más alto trono de gloria corresponderá en el Cielo.

Por el contrario, ¿de qué servirá haber uno vivido en la opulencia y colmado de honores, si, al cabo, muriendo en pecado, se condena? Si llegamos a condenarnos, todos los bienes de que hayamos gozado en vida, sólo valdrán para acrecentar con su recuerdo nuestro eterno penar.

* * *

Enviadme, ¡oh, Dios mío!, un rayo de vuestra luz soberana haciéndome comprender cómo toda mi desdicha consiste en ofenderos, al paso que en amaros está cifrada toda mi dicha: dadme fuerza para emplear en vuestro servicio lo que me resta de vida.

3.

Es necesario salvarse; porque, no hay medio: si no logramos salvarnos, nos condenamos sin remedio. No

vale decir: «Me basta con no ir al infierno; verme excluído del Cielo no me da cuidado». No: o Cielo o infierno; o, anegados en un piélago de delicias, gozaremos para siempre de Dios en el Cielo, o, abismados en un mar de fuego y de tormentos, gemiremos para siempre bajo los pies de los demonios en el infierno; o elegidos, o condenados, no hay medio.

* * *

En lo que llevo de vida, ¡oh, Jesús mío!, heme escogido el infierno, y si no estoy en él ya desde largos años, débolo a la piedad y misericordia con que me habéis sufrido. Gracias os doy por ello, amado Salvador mío; más que de cualquier otro mal me pesa de haberos ofendido. Espero que, con la ayuda de vuestra gracia, no continuaré de aquí en adelante por el camino del infierno. Os amo, Bien Soberano, y quiero amaros eternamente. Otorgadme la santa perseverancia y salvadme por la Sangre que habéis derramado por mí.

¡Oh, María, esperanza mía! Interceded por mí.

MEDITACIÓN XVIII.

El pecador se niega a obedecer a Dios.

1.

Cuando Moisés intimó a Faráon, de parte de Dios, que diese libertad al pueblo escogido, respondióle

el temerario príncipe: *Y ¿quién es ese Señor, para que yo haya de escuchar su voz...? No conozco a tal Señor?* (54); que fue decir: ¿Habré yo de obedecer a un Señor, a quien ni siquiera conozco? - Tal es también el impío lenguaje del pecador cuando, al intimarle la conciencia la ley divina que le prohíbe tal acción, responde: En el presente caso, no conozco a Dios; bien sé que es mi Señor, pero no quiero obedecerle.

* * *

Así os he hablado, ¡oh, Dios mío!, cada vez que he pecado. De no haber muerto por mí Vos, ¡oh, Redentor mío!, no me sentiría con valor ni para pedir os perdón; pero Vos mismo me brindáis con él desde lo alto de la Cruz, sí, yo lo quiero; ¡Oh! Sí, lo quiero: pésame de haberos menospreciado, Bien Soberano. ¡Antes morir, que ofenderos de nuevo!

2.

Quebraste mi yugo... y dijiste: no quiero servir (55)

Al saltarle la tentación, oye el pecador la voz de Dios, que le dice: Hijo, no te vengues; prívate de ese inmundo placer; fuera con esa hacienda, que no te per-

(54) *Quis est Dominus, ut audiam vocem Ejus...? Nescio Dominum* (Ex., V, 2.)

(55) *Confregisti jugum meum.. et dixisti: Non serviam.* (Jer., II, 20)

tenece. - Y él, cediendo a la tentación y cometiendo el pecado, le replica: Señor, no quiero obedeceros: Vos me prohibís que haga esto, pues yo quiero hacerlo.

* * *

¡Ay, Señor y Dios mío! ¡Cuántas veces, si no con mis palabras, pero sí con mis obras y voluntad, os he hablado, temerario, de esta suerte! Por favor, *no me arrojéis de vuestra presencia* (56) Ya comprendo cuán mal me hube con Vos trocando vuestra gracia por viles gustillos y satisfacciones. ¡Ojalá hubiera muerto antes de ofenderos!

3.

¡Oh, no pensada maravilla! Dios es el soberano Dueño de todas las cosas, por haberlas sacado de la nada. *Todo, Señor, -dice el Sagrado libro de Ester- se halla sometido a tu poderío, ni hay quien resista a tu soberano querer* (57) Todas las criaturas: cielo, mar, tierra elementos, animales, obedecen a Dios. Dije mal: ¡una sola, y la más amada y favorecida por Dios: el hombre, se niega a obedecerle, y no pasa cuidado por perder su gracia!

* * *

(56) Ne projicias me a facie tua. (Ps. L, 13.)

(57) In ditione enim tua cuncta sunt posita, et non est qui possit tux resistere voluntati. (Esth., XIII, 9.)

¡Bendita sea, Dios mío, vuestra bondad que me ha esperado hasta ahora! ¡Ay! ¿Qué fuera de mí, de haberme hecho morir en alguna de aquellas noches que pasé en desgracia vuestra? Y, pues que me habéis esperado, señal es que me queréis perdonar. Perdonadme, pues, Jesús mío; que ya me arrepiento sobre todo mal de haberos tantas veces faltado al respeto. ¡Ah! En aquel tiempo no os amaba; pero ahora os amo más que a mí mismo y estoy pronto a perder mil veces la vida antes que perder vuestra amistad. Habéis dicho que amáis a los que os aman: *Yo amo a los que Me aman* (58). Pues yo os amo, amadme también Vos, y dadme gracia para vivir y morir amándoos, a fin de amaros eternamente.

María, refugio mío, con vuestra ayuda, espero guardar fidelidad a Dios hasta la muerte.

MEDITACIÓN XIX.

Que Dios amenaza a los pecadores, a fin de no castigarlos.

1.

Por ser Dios bondad infinita, nada desea tanto como hacernos dichosos comunicándonos su propia felicidad; y, si castiga, hácelo forzado por nuestros pecados: que por ello asegura el profeta Isaías

(58) Ego diligentes Me diligo (*Prov. VIII, 17*).

que el castigar es obra de todo en todo ajena de la inclinación de Dios: *Se enojará, para ejecutar sus venganzas, obra muy ajena de El..., obra a El muy extraña*; (59) por cuanto la obra propia de Dios es perdonar, hacer bien y tener contentos a todos.

* * *

¡Oh, Dios! Esta es la infinita bondad tan ofendida y hollada por los pecadores, que tanto la provocan a castigo. ¡Desdichado de mí, que también la ultrajé!

2.

Entendamos, pues, que, al amenazarnos el Señor con su ira vengadora, no lo hace por placer de castigar, sino por excusarnos el castigo: amenaza, porque arde en deseos de dar paso a su misericordia: *Te has enojado, ¡oh, Dios!, y Te has compadecido de nosotros*. (60) Pero, ¡cómo! ¿Está airado contra nosotros, y hácenos misericordia? - Sí, muéstranos enojo, a fin de que, volviendo nosotros sobre nuestros pasos, pueda El otorgarnos perdón y salvarnos. Más: si en esta vida nos castiga por nuestros pecados, ese castigo, misericordia es, que nos libra de los eternos tormentos. ¡Ay del pecador que no es castigado en este mundo!

(59) *Alienum opus Ejus..., peregrinum opus Ejus ab Eo. (Is., XXVIII, 21.)*

(60) *Deus,... iratus es, et misertus es nobis. (Ps.LIX, 3.)*

* * *

Ya, pues, ¡oh, Dios mío! que tanto os tengo ofendido, castigadme en esta vida para así poder perdonarme en la otra. Sé de cierto que he merecido el infierno; acepto gustoso cualquier trabajo con tal de recobrar vuestra gracia y verme libre del infierno, donde estaría para siempre separado de Vos. Dadme luz, Señor, dadme fuerza para arrostrarlo todo a trueque de daros gusto.

3.

El que no hace cuenta para nada de las divinas amenazas, mucho debe temer no le alcance de improviso el temeroso castigo de que se habla en los Proverbios: *Al hombre obstinado, que no hace ningún caso del que le corrige, le sorprenderá de repente su total ruina; y no tendrá remedio* (61); o, en otros términos: El pecador que desprecia los avisos del Cielo, se verá asaltado por muerte repentina, que no le dará tiempo de reparar su eterna ruina.

* * *

Esto, Jesús mío, ha sucedido a tantos desdichados, y esto mismo me tenía yo merecido; pero Vos, Redentor mío, os habéis dignado tener conmigo una

(61) Viro qui corripientem dura cervice contemnit repentinus ei superveniet interitus, et eum sanitas non sequetur. (*Prov.*, XXIX, 1).

misericordia que no habéis usado con muchos otros, que, con haberos ofendido menos que yo, están ahora sepultados en el infierno sin esperanza de poder recobrar nunca jamás vuestra gracia.

Ya veo, Señor, que queréis que me salve, y yo, por daros gusto, me quiero salvar. A todo doy de mano para volverme a Vos, que sois mi Dios, mi único Bien. Creo en Vos, espero en Vos, y os amo a Vos sólo, ¡oh, Bondad infinita! Tengo el mayor pesar de haberos ultrajado tan descaradamente en la vida pasada; quisiera haber sufrido todo género de trabajos antes que haberos ofendido. Por favor os lo pido: no permitáis que haya de volver a separarme de Vos; quitadme la vida antes que vuelva a injuriaros de tan horrenda manera. Jesús mío crucificado, en Vos confío.

¡Oh, María, Madre de Jesús! Encomendadme a este vuestro Divino Hijo.

MEDITACIÓN XX.

Dios espera, pero no siempre.

1.

Cuanto mayores hayan sido las misericordias que ha usado Dios con un alma, tanto más debe temer ésta proseguir abusando de ellas; porque, si no hace alto en el camino del mal, llegará el tiempo de los divinas venganzas, y nada quedará sin el merecido castigo. *Mía es la venganza* -dice el Señor- *y a su tiempo Yo*

les daré el pago. (62) Cuando el hombre se obstina en seguir pecando, ya sabe Dios poner un término.

¡Ah, Señor! Os doy gracias por haberme soportado tan largo tiempo después de haberos traicionado tantas veces. Haced que conozca el gran mal que hice abusando así de vuestra paciencia, y dadme sincero dolor de todas mis culpas: no, no quiero abusar más de vuestra misericordia.

«Comete este pecado; que luego lo confesarás»: tal es el ardid con que ha arrastrado el demonio al infierno a un sinnúmero de almas. Cuantos cristianos se hallan ahora sepultados en ese abismo de fuego, todos han sido víctimas de esa ilusión y engaño. *El Señor espera* -dice el profeta- *para poder compadecerse de vosotros.* (63) Dios va dando largas al pecador, para que, convirtiéndose, pueda hacerle misericordia; mas cuando ve que el tiempo, que se le concede para hacer penitencia, sólo le sirve para multiplicar los pecados, ya no le da más largas, sino que lanza sobre él los rayos de su justicia, según que lo tiene merecido.

* * *

Perdonadme, ¡oh, Dios mío!, que no quiero ofenderos más. ¿Qué? ¿Aguardaré acaso a que me lancéis al infierno? Ya veo que no podéis soportarme por más tiempo. Basta con lo que os ultrajé: sien-

(62) Mea est ultio, et Ego retribuam in tempore. (Deut., XXXII, 35).

(63) Exspectat Dominus, ut misereatur vestri. (Is. XXX, 18.)

to sumo pesar de todo ello. Por los merecimientos de aquella Sangre que os habéis dignado derramar por mí, espero que me perdonaréis.

3.

*Misericordia del Señor es que no hayamos
sido consumidos. (64)*

Así ha de hablar quien haya tenido la desgracia de ofender repetidas veces a la Divina Majestad; déle gracias por no haberle hecho morir en pecado y guárdese de ofender de nuevo a ese Dios amorosísimo; pues, de lo contrario, le dará el Señor en rostro con su criminal proceder: *Y ¿que más debía hacer por mi viña de lo que he hecho?* (65) Ingrato -le dirá- si al hombre más vil y abatido del mundo le hubieras injuriado como tú Me has injuriado a Mí, a buen seguro que por ningún caso lo hubiera sufrido. Y Yo ¡qué de misericordias no le he prodigado! ¡Cuántos llamamientos, cuántas luces no le he dispensado! ¡Qué de veces no lo he otorgado perdón! Y ahora ¿qué es lo que pretendes? Ha llegado el tiempo de castigar, no hay más perdón. - Así ha hablado el Señor a tantos desventurados que se hallan al presente en los infiernos, donde lo que más que otra cosa alguna atenacea su corazón y como pone

(64) Misericordiæ Domini quia non surnus consumpti. (*Thr.*, III, 22.)

(65) Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? (*Is.*, V, 4.)

el sello a sus tormentos es el recuerdo de las misericordias que de la Divina Largueza recibieron.

* * *

¡Oh, Jesús, Redentor mío y juez mío! Esta misma reconvención y sentencia tenía merecido oír de vuestros divinos labios; pero estoy oyendo, por el contrario, que me brindáis con el perdón, al decirme: *Vuélvete al Señor, Dios tuyo.* (66) Pecados malditos, que me habéis hecho perder a mi Señor, os detesto y aborrezco. Por completo me vuelvo y convierto a Vos, que sois mi Señor y mi Dios.

Os amo, Sumo Bien mío, y, porque os amo, me arrepiento con todas las veras del alma de haberos menospreciado tanto en lo que llevo de vida. Dios mío, nunca más quiero disgustaros: dadme vuestro amor junto con la perseverancia.

María, refugio mío, venid en mi socorro.

MEDITACIÓN XXI.

La muerte es el tránsito de esta vida a la Eternidad.

1.

Es de fe que mi alma es eterna y que, cuando menos lo piense, he de abandonar este mundo. Fuer-

(66) Convertere ad Dominum, Deum tuum. (*Os.*, XIV, 2.)

za es, por consiguiente, granjearme y atesorar caudales, que no acaben con mi vida, sino que sean eternos como yo. Riquísimos caudales atesoraron y gozaron por algún tiempo sobre la tierra un Alejandro Magno, un César Augusto; pero tan brillante fortuna desvaneci6se como humo desde muchos siglos, y comenzó para ellos una vida infelicísima, que nunca jamás acabará.

* * *

¡Ah Dios mío! Y ¡quién siempre os hubiese amado! ¡Qué me queda de tantos años empleados en pecar, sino zozobras y remordimientos de conciencia? Mas, ya que me dais tiempo para remediar mis yerros, aquí me tenéis, Señor: decidme qué he de hacer para agradaros; que todo quiero ponerlo por obra. Estoy firmemente resuelto a pasar lo que me quedare de vida llorando las amarguras y disgustos que os he causado y amándoos hasta donde alcanzen mis fuerzas, ¡oh, Dios mío y todo mi Bien!

2.

Y ¿de qué me serviría ser dichoso en este mundo (si es que sin Dios puede haber verdadera dicha) si al cabo me viera reducido a ser inmensamente desdichado por toda la eternidad? Pues ¿qué linaje de locura es saber con toda certidumbre que he de morir y que, en muriendo, me ha de tocar en suerte o

una eternidad de dichas y delicias, o una eternidad de tormentos y desventuras; saber que de la buena o mala muerte depende ese gozar o penar eterno..., y, tras esto, no tomar todas las precauciones para asegurarme una buena muerte?

* * *

Enviadme, ¡oh, Espíritu Divino!, un rayo de vuestra luz soberana, dadme la fuerza de vivir siempre en adelante en vuestra gracia hasta la muerte. Reconozco, Bondad infinita, lo mal que obré al ofenderos, y detesto mi proceder: reconozco que sólo Vos merecéis ser amado, y os amo sobre todas las cosas.

3.

En fin de cuentas, todas las dichas y bienandanzas de este mundo vienen a parar en un entierro, en la lóbreguez y corrupción del sepulcro. La sombra de la muerte cubre y oscurece todo el brillo de las grandezas terrenas. Sólo, pues, es dichoso quien sirve a Dios en este mundo, y, sirviéndole y amándolo, se granjea la eterna Bienaventuranza.

* * *

Duélome, Jesús mío, sobre todos los males de haber tenido, en lo pasado, tan poca cuenta con vuestro amor: ahora os amo sobre todas las cosas, y nada más deseo que amaros. En lo venidero, Vos sólo

seréis mi amor y mi todo; y la única dicha que pido y espero es poderos amar en esta vida y en la eterna. Por los merecimientos de vuestra Pasión, otorgadme la santa perseverancia.

María, Madre de Dios, Vos sois mi esperanza.

MEDITACIÓN XXII.

Que se ha de enmendar la vida antes que llegue la muerte.

1.

Todos desean morir santamente; pero no es posible que muera santamente quien lleva hasta la muerte vida descompuesta; que muera unido a Dios, quien siempre vivió alejado de El. A trueque de asegurarse una buena muerte, no vacilaron los Santos en dar de mano a las riquezas, los placeres y las esperanzas todas, con que les brindaba el mundo, y abrazarse con una vida pobre y mortificada.

Más: sepultáronse vivos en este mundo, para no correr riesgo de ser sepultados muertos en el infierno.

* * *

¡Ay, Señor mío! ¡Desde cuánto tiempo merecía yo estar sepultado en el abismo del infierno, sin esperanza alguna de perdón, ni de poder nunca jamás amaros! Pero Vos me habéis venido dando lar-

gas, para perdonarme. De todo corazón me arrepiento de haberos ofendido, Soberano Bien mío; tened compasión de mí, y no permitáis que vuelva a ofenderos.

2.

Amenaza Jesucristo a los pecadores con que le han de buscar en la muerte, y no le han de encontrar: *Me buscaréis, y no Me hallaréis*. (67) Y es así; porque no buscarán entonces a Dios por amor, sino sólo por temor del infierno: y, buscando a Dios de esta suerte, conservando el afecto al pecado, por ningún caso lograrán dar con El.

* * *

No, Dios mío, no quiero aguardar al trance de la muerte para buscaros: ahora mismo os busco y deseo. Siento haberos causado tantos disgustos en mi pasada vida, ¡oh, Bondad infinita!, por ir en pos de mis gustos y satisfacciones. Duélome de todo ello; confieso que obré mal. Pero Vos no queréis que se desespere, sino que se regocije, el corazón que os anda buscando -como lo dice el Salmo-: *Alégrese el corazón de los que van en busca del Señor*. (68) Sí, Señor: os busco, y os amo más que a mí mismo.

(67) Quæretis Me, et non invenietis. (*Jn.*, VII, 34.)

(68) Lætetur cor quærentium Dominum. (*Ps.* CIV, 3).

3.

¡Ay de quien no hubiere gastado una buena parte de sus días en llorar sus pecados! Posible es, no lo niego, que se convierta en los últimos momentos y se salve; con todo, en el trance de la muerte, la obscuridad y tinieblas en que está envuelta la mente, el endurecimiento del corazón, los malos hábitos contraídos, las pasiones que le tienen esclavizado, le pondrán en la imposibilidad moral de morir bien. Haríale falta para ello una gracia extraordinaria; pero ¿acaso está Dios obligado a dispensar tan señalada merced a quienes hasta la muerte han correspondido con ingratitud a sus bondades? ¡Oh! Y ¡a qué extremidad se ven reducidos por su culpa los pecadores para precaver su eterna ruina!

* * *

No, Dios mío, no quiero esperar a la muerte para detestar mis culpas y amaros: ahora mismo me arrepiento de haberos ofendido; ahora mismo os amo de todo corazón. ¡Ah! No permitáis que de nuevo os vuelva las espaldas: quitadme antes la vida.

¡Oh, Santísima Madre mía, María! Alcanzadme la santa perseverancia.

MEDITACIÓN XXIII.
**El Cordero de Dios quiso ser sacrificado
para obtenernos perdón.**

1.

He aquí el Cordero de Dios. (69)

A si llamó el Bautista a nuestro amable Salvador: Cordero Divino que derramó su sangre y sacrificó su vida para alcanzarnos el perdón y la salvación eterna. Vedlo en el pretorio de Pilatos cómo, a manera de inocente corderillo, se deja, no ya trasquilar, sino arar las carnes con azotes y espinas. *Cual cordero ante el que le trasquila*, -había profetizado Isaías- *enmudecerá, y no abrirá la boca (70)*. No abre la boca, ni profiere una queja, por haberse voluntariamente ofrecido a pagar con sus tormentos los que nosotros teníamos merecidos.

* * *

Ensalcen y bendigan los Angeles y todas las criaturas, ¡oh, Redentor mío!, vuestra infinita misericordia y ese amor inmenso que habéis demostrado a la humanidad: nosotros habíamos cometido el delito, ¡y Vos os dignasteis expiarlo!

(69) Ecce Agnus Dei (*Jn.*, I, 29.)

(70) Quasi agnus coram tondente se, obmutescet, et non aperiet os suum. (*Is.*, LIII, 7.)

2.

Contemplad luego cómo, atado por los verdugos, es conducido a la cumbre del Calvario para ser Víctima en el gran Sacrificio con que se consuma la obra de la Redención: *Y Yo, cual manso cordero, que es llevado al altar para ser en él sacrificado* (71).

Decidme, Jesús mío: ¿Adónde os arrastran esos sacrílegos, cargado con esa cruz, después de haberos atormentado tan fiera y despiadadamente. -Me llevan a la muerte -oigo que me respondéis- y Yo camino muy contento, pues voy a morir por salvarte y descubrirte el amor que te tengo.

* * *

Y yo, Señor, ¿cómo os he manifestado el amor que os debía? Bien lo sabéis: con injurias y ultrajes, menospreciando veces sin cuento vuestra gracia y vuestro amor; pero vuestra muerte es mi esperanza. Arrepíentome, Amor mío, de haberos ofendido, me arrepiento y os amo.

3.

Cuando San Francisco de Asís veía llevar al matadero un corderillo, decía, sin poder contener las lágrimas: «De la manera que llevan a la muerte este

(71) Et ego quasi agnus mansuetus, qui portatur ad victimam. (Jer., XI, 10.)

corderito, llevaron un día a mi inocente Salvador a morir por mi amor».

* * *

¿Conque Vos, Jesús mío, no os negáis a ir a sacrificar vuestra vida divina por amor mío, y me habría de negar yo a consagraros todo mi amor? Que esto es lo que me pedis diciéndome: *Amarás al Señor, Dios tuyo; (72)* y esta, y no otra cosa, deseo yo: amaros y amaros con todo mi corazón. Sin restricción me habéis amado, sin restricción quiero también amaros. Duélome de haberos ofendido. ¡oh, Cordero Divino!, y me doy a Vos por entero. Aceptad este don, Jesús mío, y, con vuestra gracia, haced que os sea fiel.

¡Oh, María, Madre de mi Redentor! Alcanzadme con vuestros ruegos que sea enteramente suyo.

MEDITACIÓN XXIV. **Valor del tiempo.**

1.

El tiempo es un tesoro que no tiene precio; porque, a cada instante de tiempo, podemos adquirir tesoros de gracias y de gloria eterna.

Laméntanse los condenados en el infierno, al ver que se les acabó el tiempo de remediar su eterna ruina y desventura. ¡Qué no darían por una hora de

(72) Diliges Dominum, Deum tuum. (*Mt.*, XXII, 37.)

tiempo, en que pudieran hacer un acto de dolor y reparar así su eterna perdición!...

En el Cielo no hay lamentos, pues no se compadece el llanto con las inefables dichas de la Gloria; pero, si pudieran llorar los Bienaventurados, sólo llorarían por haber malbaratado en esta vida tanto tiempo, que podrían haber empleado en adquirir más alto grado de gloria, y por ser ya esta pérdida de todo punto irreparable.

* * *

Gracias os doy, ¡oh, Dios mío!, por el tiempo que me concedéis para llorar mis pecados y resarcir con mi amor las ofensas que os tengo hechas.

2.

Nada hay, pues, más precioso que el tiempo; y, sin embargo, ¿cómo es que no hay cosa que miren los hombres con mayor desprecio? - Este se entretiene cinco o seis horas jugando; aquél se está largo rato a la ventana en medio de la calle, mirando quién pasa; preguntadles qué hacen, y os responderán que están matando el tiempo.

¡Tiempo menospreciado! Tú serás lo que más deseen esos tales en el trance de la muerte ¡A qué precio no compraría cualquiera de ellos una hora de tanto tiempo malgastado! Pero en vano suspirarán por esa hora; pues se intimará a cada cual aquel *Proficiscere, anima christiana...*: «Sal de este mundo, alma cristia-

na (73):» pronto, pronto a partir, sal presto de esta tierra, pues para ti se acabó ya el tiempo.

Entonces exclamarán esos desventurados entre gemidos y amargas lágrimas: ¡Ay! ¡Toda mi vida está perdida! Tuve a mi disposición tantos años, en que podía haberme santificado...: no lo hice, y ahora ya no es tiempo. - Pero ¿de qué servirán entonces tales suspiros y lamentos, cuando ya se llega a más andar para el moribundo aquel formidable «momento de que depende la eternidad?» (74)

3.

Caminad -nos dice Cristo- *mientras tenéis luz* (75).

La hora de la muerte es la noche de que habla el Señor en el Evangelio, en la que ya nada se ve, ni se puede hacer cosa alguna: Cierra ya la noche, cuando nadie puede trabajar. (76) Por eso nos advierte el Espíritu Santo que caminemos por las vías del Señor mientras tenemos luz y no ha anochecido aún. ¡Cómo! Vemos que se va acercando el momento en que se ha de fallar la causa de nuestra eterna salvación. ¡Y perdemos el tiempo! ¡Ea! ¡Pronto, pronto! Tengamos bien ajustadas las cuentas; porque, cuando menos lo pen-

(73) Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo (*Ordo Comm. An.*)

(74) Momentum, a quo pendet æternitas.

(75) Ambulate dum lucem habetis. (*Jn.*, XII, 35.)

(76) Venit nox, quando nemo potest operari. (*Ibid.*, IX, 4).

semos, vendrá Jesucristo a juzgarnos: *A la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre.* (77)

Apresuraos, pues, Jesús mío, sí, apresuraos a perdonarme. ¿A qué espero? ¿Espero acaso a verme sepultado en aquella eterna mazmorra, donde, a una con los demás condenados, haya de lamentarme por siempre jamas, diciendo: *Pasado es el estío, y nosotros no nos vemos en salvo.* (78)

* * *

No, Señor, no quiero resistir más a vuestras amorosas voces. ¡Quién sabe si la meditación que acabo de leer no será para mí el último llamamiento de vuestra gracia! Duélome, Sumo Bien, de haberos ofendido, os consagro el tiempo que me queda de vida y os ruego me concedáis el don de la santa perseverancia: no quiero disgustaros más, sino amaros siempre.

¡Oh, María, refugio de pecadores! En Vos confío.

MEDITACIÓN XXV. **Espanto del moribundo a la proximidad del Juicio.**

1.

Pondera el terror y espanto que infunde en el moribundo el pensamiento del Juicio, al ver que se

(77) Qua hora non putatis, Filius hominis veniet. (Lc., XII, 40.)

(78) Finita est ætas, et nos salvati non sumus. (Jer., VIII, 20.)

le avecina la muerte, y al reflexionar que muy en breve ha de comparecer ante su Soberano juez Jesucristo a rendirle cuentas de toda la vida. Es llegado el solemne momento del gran tránsito: sí, fuerza es pasar de este al otro mundo, de la vida presente a la Eternidad. Lo que más lacerará entonces su corazón será el recuerdo de sus pecados.

Hallándose enferma, temblaba Santa María Magdalena de Pazzi al pensar en el Juicio; y, como le dijese el confesor que se sosegara y no tuviera miedo: «¡Ah! Padre -repuso- es cosa terrible tener que presentarse ante Cristo Juez». - Así hablaba esta inocentísima virgen, que desde la más temprana edad fué Santa; pues ¿cómo habrá de hablar el que infinitas veces mereció el infierno?

2.

Tras largos años de penitencia, estremecía de espanto el abad Agatón y exclamaba: ¡Ay! ¿Qué será de mí, cuando sea juzgado? Y ¿cómo no tiemblan los que han ofendido a Dios mortalmente, y no han hecho aún penitencia? ¡Oh! Y ¡en qué deshecha tempestad de confusión y terror les ha de sumir, frente ya por frente de la muerte, la vista de sus pecados, el rigor de los divinos juicios y la incertidumbre de la sentencia que les va a caber en suerte! - Abracémonos a los pies llagados de Jesucristo, y veamos de asegurarnos el perdón antes que nos alcance aquel temeroso día de las cuentas.

* * *

¡Ah, Jesús mío y Redentor mío, que un día habéis de ser mi Juez! Tened piedad de mí antes que llegue aquel día de las justicias. Aquí tenéis a vuestros pies al traidor que tantas veces os prometió fidelidad, y después os volvió de nuevo las espaldas. No, Dios mío, no merecáis ser tratado como os traté en mi pasada vida. Perdón, Señor; que ya quiero mudar de vida. Arrepíentome, Bien Soberano, de haberos menospreciado; apiadaos de mí.

3.

En aquel punto tiene que fallarse la causa de nuestro porvenir eterno; y de este fallo depende que seamos para siempre del número de los predestinados o del número de los réprobos, felices o desdichados, mientras Dios sea Dios... ¡Oh, cielos! y ¿quién hay que lo ignore? ¿Quién que no confiese ser así? Pues, si así es, ¿cómo no nos desentendemos de todo para ocuparnos únicamente en el negocio de nuestra santificación y poner en cobro nuestra salvación eterna?

* * *

Gracias, Dios mío, por la luz que me acabáis de comunicar. Acordaos -por favor os lo pido- acordaos, ¡oh, Jesús mío!, que habéis muerto por mí: haced que la primera vez que os vea, no see, con rostro encendido en ira. Si en lo pasado menospre-

cié vuestra gracia, ahora la estimo sobre cualquier otro bien.

Os amo, Bondad infinita, y porque os amo, siento en el alma haberos ofendido. En la vida pasada os abandoné, mas ahora os deseo y os busco: dadme que os halle, ¡oh, Dios de mi alma!

María, Madre mía, recomendadme a Jesús.

MEDITACIÓN XXVI. **Del fuego del infierno.**

1.

No puede caber la menor duda: el infierno es un abismo de fuego, donde son y serán atormentados por eternidades sin fin los desventurados réprobos. Aun acá, entre todos los tormentos, el del fuego es el más fiero y acerbo; pero como el fuego del infierno ha sido criado por Dios de intento para atormentar y ser el verdugo de los que se alzaron en armas contra El, tendrá para atormentarlos una fuerza y virtud harto más cruel y espantosa. *Id, maldito, al fuego eterno* -tal será la sentencia contra los réprobos. Y pues en ella, entre todos los suplicios, se hace especial mención del fuego, fuerza será confesar que de todos los tormentos que padecerá el condenado en los sentidos, este del fuego ha de ser el mayor.

* * *

¡Ah, Dios mío! ¡Cuántos años ha que debería yo estar ardiendo en ese fuego! Pero Vos me habéis sufrido hasta hora, porque no queríais que ardiera en ese horrible fuego, sino en la dulce hoguera de vuestro santo amor. Sí, os amo, Sumo Bien mío, y quiero amaros eternamente.

2.

En este mundo, el fuego sólo atormenta al cuerpo por defuera, sin llegar a lo interior de él; pero, en el infierno, penetra el fuego por todas las partes del condenado, para torturarlo en todas ellas. *Harás de ellos -dice el profeta- como un horno encendido.* (79) Cada réprobo se convertirá en un como horno ardiente; de suerte que el corazón arderá en el pecho; las vísceras, en el vientre; el cerebro, en el cráneo; la sangre, en las venas; la médula, en los huesos.

¿Qué os parece, pecadores, qué os parece ese fuego? Vosotros que no podéis sufrir una chispa que os salte de la lumbre, ni un aposento demasiado caliente, ni un rayo de sol que os hiera la cabeza, ¿cómo podréis vivir anegados en un piélago de fuego, donde estaréis muriendo continuamente, sin acabar nunca de morir?

* * *

(79) Pones eos ut clibanum ignis. (Ps. XX, 10.)

¡Ah, Redentor mío! No quede para mí sin fruto la Sangre preciosa que habéis derramado por amor mío: junto con el dolor de mis culpas, otorgadme vuestro santo amor.

3.

Y quien de vosotros -pregunta el profeta Isaías,- podrá habitar con el fuego devorador? (80) Bien así como la fiera devora al cabritillo, así devorarán al desventurado réprobo la llamas del infierno le devorarán, sí pero sin darle muerte. Sigue, pecador - exclama aquí San Pedro Damián sigue, deshonesto, contentando tu carne y satisfaciendo sus apetitos; que día vendrá, mejor diré, vendrá una noche en que tus torpezas y deshonestidades se tornen en pez encendida dentro de tus entrañas, que avive las llamas que lo devorarán por toda la eternidad. (81)

¡Oh, Dios mío, a quien he menospreciado y perdido! Perdonadme, y no permitáis que torne a perderos. Siento sumo pesar de haberos ofendido. Recibidme en vuestra gracia y amistad; pues quiero amaros, y os prometo no amar sino a Vos.

Virgen Santísima, libradme del infierno.

(80) Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante. (*Is.*, XXXIII, 14.)

(81) Veniet dies, imo nox, quando libido tua vertetur in picem, qua se perpetuus ignis in tuis visceribus nutriat. (*De caelib, sacerdot.*, c. III)

MEDITACIÓN XXVII.

Vanidad de los bienes de este mundo.

1.

¿Qué es nuestra vida, sino un vapor que momentáneamente aparece, sin que luego quede rastro de él? *Pues, ¿qué es vuestra vida?* -escribió el Apóstol Santiago- *Un vapor que por un poco de tiempo aparece, y luego se desvanecerá.* (82) Los vapores que exhala la tierra, si acaso se alzan por los aires y los embiste el sol con sus rayos, ofrecen vistosísimo espectáculo; pero basta que sople un vientecillo para que todo desaparezca y acabe. Así son las grandezas de este mundo. Mira a ese poderoso de la tierra, temido hoy, agasajado, casi adorado por infinidad de gentes; morirá mañana, y será menospreciado y maldecido de todos. En suma, con la muerte acaban todos los bienes de la tierra: honores, riquezas, diversiones, todo.

* * *

¡Oh, Dios mío! Haced que conozca cuán inmenso Bien sois, a fin de amaros a Vos sólo y nada más.

2.

La muerte despoja al hombre de cuanto en este mundo posee. Qué triste espectáculo ver cómo, lue-

(82) Quid est enim vita vestra? Vapor est ad modicum parens, et deinceps exterminabitur. (*Jac.*, IV, 15.)

go en muriendo, sacan a ese hacendado de su propio palacio, cuyos umbrales no volverá a pisar, y ver entretanto cómo toman otros posesión de sus haciendas, de sus caudales, de cuanto le pertenecía. Los criados le acompañan hasta el sepulcro, donde luego lo dejan abandonado para ser pasto de gusanos: allí ya no hay quien de él haga aprecio, ya no hay quien le adule. Poco ha de todos era obedecido a la menor señal, ahora nadie hace caso de lo que tiene mandado.

* * *

¡Desventurado de mí, que he andado tantos años tras las vanidades del mundo, abandonándoos a Vos, Bien infinito! Pero de hoy en adelante, Vos sólo, Dios mío, seréis mi único tesoro, el único amor de mi alma.

3.

¿Cómo te engríes, polvo y ceniza? (83)

¿No ves, oh, mortal -dice el Señor- cómo, a vuelta de poco tiempo, vendrás a ser polvo y ceniza? Pues ¿en qué pones tus pensamientos y tus amores? Piensa que dentro de poco la muerte te despojará de todo arrancándote de este mundo. Y, si al rendir cuentas

(83) Quid superbit terra et cinis? (Eccli, X, 9.)

de tu vida, te hallares alcanzado, ¿qué será de ti por una eternidad?...

* * *

Gracias, Señor: me habláis de este modo, porque queréis que me salve. Vos me abríis el tesoro de vuestras misericordias: ya que habéis prometido perdonar al que se arrepiente de haberos ofendido, perdonadme luego al punto, pues me arrepiento de todo corazón; y, ya que tenéis prometido amar al que os ama, yo os amo sobre todas las cosas, amadme por tanto Vos y no me aborrezcáis, como lo tengo merecido.

¡Oh, María, Abogada mía! Vuestra protección es mi esperanza.

MEDITACIÓN XXVIII. **Del número de los pecados.**

1.

Enseñan muchos santos y doctores, señaladamente San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín, que, así como Dios tiene determinados, para cada hombre los grados de talento, los bienes de fortuna, los días de vida que quiere otorgarle, así también a cada cual tiene determinado el número de pecados que quiere perdonarle; por manera que, cumplido el número, echa mano al castigo y ya

no perdona ninguno más. «Nos importa mucho saber -dice San Agustín- que la divina paciencia tolera al pecador hasta cierto determinado punto; pasado el cual, no hay que esperar el perdón.» (84)

* * *

Ya veo, Dios mío, que en lo pasado he hollado e insultado por demás vuestra paciencia; pero ahora veo que vuestra bondad aun no me ha desamparado, pues que me pesa haberos ofendido: y este pesar señal es de que todavía me amáis. No quiero volver a disgustaros; por favor, no me abandonéis.

2.

El Señor da largas -dice la Divina Escritura- esperando y sufriendo ahora con paciencia a las naciones, para castigarlas en el día del Juicio, colmada que sea la medida de sus pecados. (85)

Así, pues, Dios tiene paciencia y va dando largas al pecador; pero, llegado el día en que la medida de los pecados queda colmada, no aguarda ya más, sino que castiga sin piedad.

* * *

(84) Illud sentire nos convenit, tamdiu unumquemque a Dei patientia sustentari quamdiu nondum repleverit; quo consummato, nullam illi veniarn reservari. (*De vita Christ.*, cap. III)

(85) Dominus patienter exspectat, ut eas -nationes-, cum iudicii dies advenerit, in plenitudine peccatorum puniat. (*II Mach.*, VI, 14.)

¡Ah, Señor! No me cortéis aún la corriente de vuestras misericordias abandonándome en mi pecado; que yo, con vuestra gracia, espero no provocar más vuestro enojo. Pésame, Bondad infinita, haberos ofendido; os prometo que nunca más os haré traición: prefiero vuestra amistad a todos los bienes del mundo.

3.

Pecamos sin parar mientes en el peso de nuestras iniquidades, que vamos constantemente agravando; mas temblemos, no nos suceda lo que al impío rey Baltasar, a quien fuá dicho: *has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto*. (86) No escuches nunca al demonio cuando te diga al oído que un pecado más o menos es cosa que poco importa; no, no escuches al tentador, pues te engaña: un pecado más aumenta el peso y hará inclinar la balanza de la Divina justicia, y tú serás condenado a los eternos suplicios del infierno. Si no vives, Hermano mío, temeroso de que, con un nuevo pecado mortal añadido a los que has cometido, te cierras para siempre la puerta de la Divina Misericordia, si a tal pensamiento, digo, no te estremeces de espanto, corres gravísimo riesgo de perderte.

(86) Appensus es in statera, et inventus es minus habens. (*Dan.*, V, 25.)

No, Dios mío, harto me habéis soportado ya, no quiero seguir abusando de vuestra bondad. Os doy gracias porque me habéis esperado hasta ahora. ¡Ay! Hartas veces he renunciado a vuestra amistad, no quiero volver a renunciar a ella; y, pues aun no me habéis abandonado, dadme que os encuentre. Os amo, Dios mío, y de todo corazón me arrepiento de haberos vuelto las espaldas. No, ya no quiero perderos más; asistidme con vuestra gracia.

Y Vos, Reina y Madre mía, María, ayudadme con vuestra intercesión.

MEDITACIÓN XXIX.

Locura del que vive en desgracia de Dios.

1.

Tachan de locos los pecadores a los Santos por esquivar en este mundo los honores, las riquezas y los placeres del sentido y abrazarse con la pobreza, las humillaciones y la penitencia; pero, en el día del juicio, habrán de confesar que los locos fueron ellos, al tener por locura y desvarío el proceder de los Santos. *¡Insensatos de nosotros!* -rugirán los malaventurados- *Por locura teníamos su tenor de vida.* (87) Y ¿puede

(87) Nos insensati vitam illorum æstirnabamus insaniam. (*Sap.*, V, 4.)

darse mayor locura que vivir lejos de Dios, condenándose por el mismo caso a una vida desdichada en este mundo y a una eternidad aun más desdichada en el infierno?

* * *

No quiero, ¡oh, Dios mío!, esperar a reconocer y confesar mi locura hasta aquel día postrero, sino que desde ahora la confieso: loco fuí al ofenderos, ¡oh, mi Bien Soberano! *Padre mío* -os diré con el Hijo Pródigo- ,...*no soy digno de llamarme hijo Tuyo*. (88) No merezco, Padre mío, perdón; mas lo espero de la Sangre preciosísima que habéis derramado por mí. Arrepientome, Jesús mío, de las ofensas que contra Vos he cometido menospreciándoos, y os amo sobre todas las cosas.

2.

¡Desventurados pecadores! Cegados por el pecado, pierden el juicio. ¿Qué diríamos de quien por unos centimillos vendiera un imperio? Pues ¿qué hemos de decir de los que por un gustillo, por un humo de vanidad, por un antojo, venden el Cielo y la divina gracia? Tienen puestos todos sus pensamientos en la presente vida, que bien presto ha de acabar, y al propio tiempo hácense acreedores al infierno para aquella otra que nunca jamás acabará.

(88) Pater,... non sum dignus vocari filius tuus. (Lc., XV, 19.)

* * *

¡Ah, Dios mío! No permitáis que siga andando a ciegas por el camino de la vida como en lo pasado, cuando, perdido tras mis gustos y aficiones, por ellos os menosprecié a Vos, Bien infinito. Ahora los detesto, y os amo sobre todas las cosas.

3.

¡Desdichados mundanos! Día vendrá en que llorarán su locura; pero, ¿cuándo? Cuando su yerro y desgracia no tengan ya remedio. Entonces exclamarán: ¡Ay! *¿De qué nos ha servido la soberbia? o ¿qué provechos nos ha traído el fausto y la vana ostentación de las riquezas? Todo ello pasó como sombra* (89) Sí, ved cómo de todos nuestros goces y devaneos, que pasaron como una sombra, no nos queda más que llanto y eterno penar.

* * *

Carísimo Jesús mío, compadeceos de mí; heme, sí, olvidado de Vos, pero bien veo que Vos no os habéis olvidado de mí. Os amo, Amor mío, con todas mis fuerzas, con toda la ternura de mi corazón, y detesto sobre todo mal las ofensas que os he hecho.

(89) Quid nobis profuit superbia? aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa tamquam umbra (*Sap.*, V, 8.)

Perdonadme, Señor y Dios mío, y echad en olvido todos los disgustos y sinsabores que os tengo causados. Y, pues tenéis conocida mi flaqueza, no me dejéis de la mano: comunicadme las fuerzas que he menester para hacer frente a cuantas dificultades se atraviesen de por medio, a fin de daros gusto.

¡Oh, María, Madre de Dios! En Vos tengo cifradas todas mis esperanzas.

MEDITACIÓN XXX.

Jesús llagado llaga los corazones.

1.

Asegúranos San Buenaventura que las llagas de Cristo llagan los corazones más duros y enardecen las almas más heladas. «¡Oh, llagas -exclama el Santo Doctor- que, a manera de dardos, traspasan los corazones más duros que las rocas, y, a manera de llamas, inflaman en divino amor a las almas más frías que el hielo.» Y es así; porque ¿cómo es posible creer en un Dios que llevó su dignación hasta querer ser abofeteado, azotado, coronado de espinas y morir, al cabo, por amor nuestro, sin amarle?

El glorioso San Francisco de Asís recorría los campos llorando la ingratitud de los hombres, y exclamaba: «¡El Amor no es amado! ¡El Amor no es amado!»

* * *

Vedme aquí a vuestras plantas, Jesús mío: yo soy uno de esos ingratos, que, en tantos años como llevo en el mundo, no os he amado. Pero ¿habrá de ser siempre así, ¡oh, Redentor mío! No, no; que antes de morir quiero amaros, quiero consagrarme del todo a Vos; acogedme, benigno, y prestadme vuestra ayuda.

2.

La Santa Iglesia, mostrándonos a Jesucristo crucificado, exclama: «Toda su figura respira amor y nos convida a amarle: la cabeza inclinada, los brazos extendidos, el corazón abierto. (90)» Quiere decirnos: Contemplad, ¡oh, mortales!, contemplad a este vuestro Dios muerto por amor vuestro; mirad que tiene los brazos extendidos para abrazaros, la cabeza inclinada para daros el beso de paz, el costado abierto para recibirnos en su corazón, si queréis amarle.

* * *

Sí, yo os quiero amar, mi tesoro, mi amor, mi todo. Y ¿a quien amaría, de no amar a un Dios, que murió por mí?

(90) Omnis figura Ejus amorem spirat, et ad redamandum provocat, caput inclinatum, manus expansæ, pectus apertum. (*Offic. Dol. B. M. V.*, resp. I.)

2.

El amor de Cristo -dice el Apostól- nos hace fuerza. (91)

¡Ah, Redentor mío! Vos habéis muerto por amor a los hombres, y los hombres no os aman, porque viven olvidados de la muerte que, por su amor, sufristeis: si en ella pensaran, ¿cómo pudieran vivir sin amaros?

«Saber -escribe San Francisco de Sales- que Jesucristo, nuestro verdadero Dios, nos amó hasta morir por nosotros en una cruz, ¿no es sentir como prensados nuestros corazones y fuertemente apretados para exprimir de ellos el amor, con violencia tanto más fuerte cuanto más amable y deleitosa.» (92) Que es cabalmente lo que declaró San Pablo por las citadas palabras: La caridad de Cristo nos apremia, nos hace fuerza, conviene a saber: el amor en que por nosotros se abrasa nos fuerza a amarle.

* * *

¡Amadísimo Señor mío! En la vida pasada os menosprecié, pero ahora os aprecio y amo más que a mi vida, ni hay dolor que así me apene como el recuerdo de tantos disgustos como os tengo causados, ¡oh, Amor de mi alma! Encarecidamente os ruego que me los perdonéis, Jesús mío, y atraigáis a

(91) Caritas Christi urget nos. (II Cor., V, 14)

(92) El Am. de Dios, I. VII c. 8

Vos todo mi corazón, de tal suerte que no desee ni busque sino a Vos, y seais Vos el único blanco de mis anhelos y aspiraciones.

¡Oh, María, Madre mía! Ayudadme a amar a Jesucristo.

MEDITACIÓN XXXI.

Del gran negocio de nuestra salvación.

1.

No hay negocio que más nos importe que el negocio de la salvación eterna. Esto así, ¿cómo explicarse el proceder de los hombres? En los negocios de este mundo, no perdonan diligencia a trueque de que no les fallen: no queda piedra por mover para escalar aquel puesto honroso, para ganar ese pleito, para concertar ese enlace... ¡Qué de consejos, qué de trazas y precauciones no se ponen en juego! Ni se come, ni se duerme. Y, en cambio, para granjear la eterna Bienaventuranza, ¿qué se hace? Absolutamente nada. Digo mal: pónese todo en juego para malograrla, como si Infierno, Cielo, Eternidad, no fueran verdades de fe, sino fábulas y patrañas.

* * *

¡Ah, Dios mío! Comunicadme un rayo de vuestra luz soberana: no permitáis que ande más a ciegas, como he andado hasta aquí.